

Complementación entre la explicación y la comprensión

Un análisis desde la hermenéutica de Paul Ricoeur

Enrique Moralejo*

Resumen

La teoría de la interpretación de Ricoeur se propone unir el procedimiento crítico y objetivante de la ciencia, con los logros alcanzados por la hermenéutica de la facticidad, en la cual “comprender” significa ampliar las posibilidades de ser. Dicho proyecto se articula alrededor de los siguientes temas, que son desarrollados en el presente trabajo: 1) sobre la base de un modelo para el procedimiento metodológico de la explicación, originado exclusivamente en el ámbito del lenguaje, es constituyente un tipo de científicidad totalmente independiente para las disciplinas humanísticas, sustentado en conexiones necesarias, pero ajenas a la causalidad natural. 2) Se puede extender el horizonte de la comprensión hacia nuevas formas de ver, de valorar, de sentir y de vivir, trascendiendo lo dado en la situación espacio-temporal inmediata, si se admite que lo imaginado en la literatura y el arte es integrable al conocimiento, por medio de la proyección de diversos mundos posibles.

En su enfoque notoriamente innovador de la hermenéutica, Paul Ricoeur retoma la preocupación central de Wilhem Dilthey de desarrollar un *método específico* para las ciencias del espíritu, pero en el que la comprensión no se define en oposición a la explicación, sino por una relación de complementariedad con ella. Mientras que la *explicación* garantiza un tratamiento crítico y objetivo de los fenómenos sociales, históricos y culturales, acorde con los requerimientos de la científicidad, de la *comprensión* depende la ampliación de los propios modos de ser, por medio de la participación en lo que nos transmiten los textos y las obras.

Fue en las ciencias del lenguaje donde tuvo su desarrollo un modelo de explicación independiente del principio de causalidad natural, sustentado en la posibilidad de aislar un número finito de elementos –signos, fonemas, lexemas-, combinables por un número también fijo de reglas.¹ Como estaba basado exclusivamente en el lenguaje, y era aplicable también a la oración y a las unidades mayores del discurso, este modelo justificó un ámbito de científicidad independiente para las humanidades. A partir de los signos y códigos de diverso tipo existentes en las formas superiores del discurso, el procedimiento crítico y objetivamente de la explicación fue extendido no sólo al relato histórico, sino también a la narrativa de ficción.

Ricoeur desarrolla su hermenéutica explicativo-comprensiva en tres áreas diferentes, pero integrables entre sí: el texto, la acción y la historia. El presente trabajo sólo se propone mostrar cómo opera dicho procedimiento en la *teoría del texto*.

1. *La semántica o ciencia de la oración y la dialéctica entre el acontecimiento y el sentido en el discurso*

Como es sabido, la posibilidad de establecer un objeto de estudio independiente en la lingüística, que reuniera los requisitos de científicidad, pero que a la vez fuera independiente de los modelos

*

¹ Ricoeur, P., *Del texto a la acción*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2000, págs. 140 y 152.

científico-naturales, se debe a la distinción efectuada por Ferdinand de Saussure entre *lengua* y *habla*.² Para ello aisló el lenguaje de su utilización concreta, basándose en la *lengua*, porque contiene el conjunto de códigos con que el hablante produce un mensaje particular. Mientras que el mensaje es individual, temporal, no anónimo, sino intencional, el código, por el contrario, es *colectivo*, ajeno al tiempo y por lo tanto organizable en un *sistema sincrónico*; también es *anónimo*, porque depende de un inconsciente estructural y cultural.

Como la *lengua* cuenta con un código específico, que es obligatorio para una comunidad determinada, es sistematizable y convertible en objeto de una única ciencia. El *habla*, en cambio, es contingente, arbitraria y objeto de diversas disciplinas. Sobre esta base la lingüística pudo progresar como ciencia independiente, aislando el código del mensaje, el sistema del acontecimiento de habla y la estructura respecto de la intención.

De esta manera se fue consolidando el *modelo estructural*, asentado sobre los siguientes principios: 1º) otorgar prioridad al enfoque sincrónico, porque los sistemas son más inteligibles que los cambios, y además éstos dependen de aquellos. Este principio, sostiene Ricoeur, sentó las bases para una *nueva inteligibilidad* opuesta al historicismo del siglo XIX, como más adelante se muestra. 2º) Aislar un número finito de entidades discretas, combinables entre sí, requisito que satisface claramente la fonología y los sistemas lexicales. 3º) Garantizar, a partir de las diversas entidades –fonemas, lexemas- que no tienen significado propio, pues se definen únicamente por las *diferencias* entre ellas, el carácter absolutamente *formal* del sistema. 4º) Pensar las relaciones entre los signos como solamente *internas* al sistema, justificando su clausura. Este último postulado es suficiente para que se tenga que admitir que el estructuralismo conforma un *modo global del pensamiento*, en que el lenguaje es considerado como un mundo en sí mismo, cerrado, ajeno a los usuarios y a toda referencia a las cosas.

El modelo estructural así consolidado en la aplicación a los códigos fonológicos y lexicales, fue trasladado luego a las unidades mayores del discurso, como es el caso de las leyendas y cuentos folklóricos en el formalismo ruso de V. Propp, o en el estudio de los mitos en la antropología de Claude Lévi-Strauss.

Pero lo ganado en científicidad fue al precio de la pérdida de contenido, al aislar el lenguaje del mundo, del emisor y del interlocutor, siendo que a la realidad del acto de hablar le es inherente “*la intención de decir algo sobre algo a alguien*”.³ Es posible volver a vincularlo con el mundo, sostiene Ricoeur, si se supera la formalidad de la perspectiva estructural, basada en los signos, para adoptar un enfoque que se atenga a la oración como unidad mínima. A partir de esta distinción se originan dos ciencias independientes y de diferente jerarquía: la *semiótica*, meramente virtual, porque trata solamente de la relación de signos vacíos de contenido, y la *semántica*, que es real, pues está sustentada en el acontecimiento concreto del habla.

Para esta diferenciación Ricoeur se atiene a la perspectiva abierta por el lingüista Emile Benveniste, cuando plantea que en el lenguaje se puede operar en dos direcciones opuestas; descendiendo hacia sus partes constitutivas –fonemas, lexemas- en un movimiento de disociación, y en dirección a su integración en unidades mayores, basándose en las posibilidades a que abre el significado. Siguiendo esta última dirección, es posible trasladar el procedimiento de la explicación -y en consecuencia las pretensiones de crítica y objetividad científicas-, a las unidades superiores en que el discurso se constituye como obra –poesía, teatro, novela, cine, etc.-.

Pero la justificación para este acceso científico al texto y a la obra depende de la correcta comprensión de la *dialéctica* que Ricoeur introduce *entre el acontecimiento y el sentido*, y para la cual

² Cfr. Saussure, Ferdinand de, *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Losada, 1961.

³ Ricoeur, Paul, *Historia y narratividad*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 1999, pág. 47.

se basa en la fenomenología del sentido de la primera investigación lógica de Husserl⁴, y en el análisis lingüístico de los actos de habla efectuado por la escuela filosófica angloamericana. Dicha dialéctica debe ser analizada tanto desde el punto de vista subjetivo del acontecimiento de habla, como desde el punto de vista objetivo del contenido proposicional.

En primer lugar hay que tener en cuenta que el discurso⁵ constituye un fenómeno pasajero porque depende del *acto fugaz de hablar*, condición que lo pone en desventaja con la permanencia de la lengua como sistema. En cambio, si se adopta el punto de vista que tiene en cuenta la relación del lenguaje con la realidad, el discurso pasa a ocupar el lugar predominante, pues sólo el lenguaje *como acontecimiento* es real y tiene alcance ontológico. Pero el discurso perdería las ventajas de su prioridad ontológica si sólo quedara circunscripto a la fugacidad del acontecimiento; supera, en cambio, esta limitación, porque *lo dicho como tal*, es decir, el *contenido proposicional*, puede ser *identificado y reidentificado* como siendo siempre el mismo, repetible en circunstancias distintas y con otras palabras.

Desde el punto de vista del contenido, lo determinante en la oración es el *predicado*, pues el sujeto incluso puede faltar. La proposición así constituida conforma una estructura independiente, o *unidad sintética*, no reductible a unidades menores, ni incluíble en clases de mayor extensión. Mientras el sujeto de la oración *particulariza*, por medio de diversos recursos gramaticales –pronombres demostrativos, adverbios de lugar y tiempo-, el predicado *universaliza* lo que afirma del sujeto, atribuyéndole una cualidad, una relación o un tipo de acción. La conjunción de la particularidad de la identificación en el sujeto y la universalidad del predicado, otorgan a la oración un *contenido específico*.

El acento puesto en el lenguaje como acontecimiento tiene por función mostrar el carácter abstracto de la lingüística sustentada en el código, pues la lengua se realiza y actualiza en la temporalidad del acto de hablar, convirtiéndose en discurso. Pero tampoco la importancia concedida al acontecimiento del habla debe ser excesiva, advierte Ricoeur, pues se incurriría en distorsiones psicológicas y existenciales, al olvidar que si bien el “*discurso se actualiza como acontecimiento, es [en cambio] comprendido como sentido*”.⁶ Lo que se comprende no es el acontecimiento, sino su sentido; es decir, el contenido proposicional o síntesis entre la identificación y la predicación. Lo característico de la lingüística del discurso, y que refleja la *intencionalidad* del lenguaje mismo, es que la fugacidad del acontecimiento es superada en la permanencia del sentido, que puede ser reiterado como siendo el mismo.

1.1. La intención del hablante, el sentido de lo expresado y la fijación codificada de ambos en el discurso

La noción de “sentido” es susceptible de dos interpretaciones distintas, que reflejan la dialéctica que mantiene con el acontecimiento: es a la vez lo que el hablante *intenta decir* y lo que la oración misma *significa* -es decir, la unión entre la identificación y la predicación-. En términos de la fenomenología de Husserl, “el sentido es tanto noético como noemático”.⁷

El modo en que la intención del hablante pasa al contenido semántico del discurso, sin perder la referencia al sujeto, se puede entender perfectamente sin recaer en una explicación psicológica. Para ello hay que tener en cuenta los diversos *recursos gramaticales* y las *particularidades egocéntricas* – pronombres, tiempos verbales, adverbios- mediante los cuales la estructura de la oración remite al sujeto del acontecimiento verbal. El acento puesto en la autorreferencialidad de estos elementos, tiene tanto la

⁴ Husserl, E., *Investigaciones lógicas*, Madrid, Alianza Editorial, 1999, págs. 231 y ss.

⁵ Con “discurso” Ricoeur reemplaza el término “habla” de Saussure, pero no sólo lo aplica a la frase u oración, sino también a las unidades mayores, como la poesía, el ensayo y la narrativa.

⁶ Ricoeur, P., *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1998, pág. 26.

⁷ Idem.

función de poner en evidencia el papel de los códigos en la oración, como de lograr una definición *puramente semántica*, no psicológica, del significado, y sin recurrir en ningún tipo de construcción hipostática.

Reafirma esta dialéctica acontecimiento-sentido el aporte efectuado por la lingüística anglo-americana mediante el estudio de los *actos de habla*. En ella se señala que el hablante *hace* lo que dice, en el sentido de que se *compromete* en cada acto de habla, al afirmar, preguntar, ordenar, pedir, etc. Esta referencia al acontecimiento de habla en que consiste la *convicción* y la *fuerza* con que se lo hace, también se manifiesta en la oración mediante los tiempos y modos verbales. Al decir corresponde el *acto locutivo*, lo que se hace cuando se lo dice al *acto ilocutivo*, y el efecto que produce, al *acto perlocutivo*. De esta manera se puede distinguir la *intención* con que se produce un acto de habla -al prometer, ordenar, preguntar, afirmar-, pues los actos ilocutivos exhiben señales gramaticales que lo atestiguan, y que posibilitan un análisis puramente *semántico* de ellos.

Contribuye también a la misma dialéctica entre el acontecimiento y el sentido la consideración del *acto interlocutivo*, pues el discurso, esencialmente, está dirigido a alguien. Las posibilidades del diálogo no surgen con el desarrollo de la sociología de la comunicación, porque el discurso en sí requiere de ambos interlocutores. Cada acto ilocutivo implica un tipo de pregunta; así, por ejemplo, al afirmar, ordenar o pedir, se espera el acuerdo o cumplimiento por parte del interlocutor.

El hecho de que el discurso contenga la intención del acontecimiento de habla, a la vez que la intención de la apertura a la respuesta del interlocutor, permite comprender el fenómeno de la comunicación. Pero no sólo en su aspecto fáctico, tal como lo hace la ciencia de la comunicación, sino en su dimensión filosófica profunda. Pues si bien la experiencia -en su carácter personal, privado y existencial- es radicalmente intransferible a otro, sí lo es en cambio su *significado*, el cual puede hacerse público.

Un nuevo aspecto enriquece la dialéctica del acontecimiento y el sentido al comprobarse que el acontecimiento no sólo tiene un lado subjetivo, sino que implica un “intercambio intersubjetivo en sí”, “pues el diálogo es un acontecimiento que conecta dos acontecimientos, hablar y escuchar”.⁸ En la conversación la comprensión se hace homogénea a ambos interlocutores, en la medida en que ambos participan de un mismo sentido.

Corresponde preguntarse, en consecuencia, respecto de cuáles son los aspectos verdaderamente comunicables en el acontecimiento del diálogo. En primer lugar el *contenido proposicional*, que al exteriorizarse en el *sentido se abre* al interlocutor. Ese contenido está constituido por la síntesis entre la función de *identificación* del sujeto, y la *universalización* producida por el predicado. Mientras la identificación se materializa indicando o mostrando directamente mediante diversos recursos gramaticales (nombres propios, demostrativos, descripciones), el predicado universaliza la cualidad o relación por medio de nociones genéricas. De esta manera se transfiere el contenido proposicional como correlato del acto locutivo.

Pero también son comunicables los actos ilocutivos, mediante el uso de los modos y tiempos verbales respectivos, adverbios, etc., a los que se agregan en la escritura los signos con que se distingue, por ejemplo, la pregunta de la exclamación. Menos comunicables son los actos perlocutivos, porque en ellos prevalece, antes que la intención del reconocimiento, el propósito de provocar una reacción en el otro.

1.2. Distinción entre “significado” y “referencia” y la prioridad de la semántica sobre la semiótica

⁸ Ricoeur, P., *op. cit.*, pág. 30.

Hasta ahora se ha visto la dialéctica del acontecimiento y el sentido desde el lado subjetivo de la intención del hablante, pero también debe ser contemplada desde el *lado objetivo* que corresponde al *contenido proposicional* de lo que se quiere decir. Este, a su vez, puede ser considerado de dos maneras diferentes, como el *qué* o el *sobre qué* del discurso; el primero es el *significado* en sentido estricto, y el segundo la *referencia*. Esta distinción, introducida por Gottlob Frege, es vinculable a la diferencia entre semiótica y semántica. La lingüística basada en los signos prescinde de la referencia, como se ha visto, porque sólo tiene en cuenta las relaciones internas al sistema de la lengua. En la semántica, en cambio, el sentido, como contenido ideal, es inmanente al discurso, pero mediante la referencia trasciende el lenguaje. Si el sentido relaciona la función de identificación con la de predicación dentro de la oración, la referencia vincula el lenguaje con el mundo, fundando de esta manera su pretensión de ser verdadero.

Puede comprobarse que esta dialéctica entre el significado y la referencia depende de la relación entre el acontecimiento y el sentido, en el hecho de que sólo se da la *referencia* en el *uso* del lenguaje. Como lo puntualiza Ricoeur, no existen marcas internas al discurso que indiquen su denotación, sino es a partir de la situación concreta en que es utilizado. Al ponerse en acto el lenguaje, el significado es trascendido por la intención para referirse a algo. En consecuencia, el lenguaje no tiene una existencia independiente en un universo cerrado; por el contrario, se pone en funcionamiento cuando estamos en un mundo, nos orientamos dentro de él comprensivamente, y recurrimos a la palabra para expresarlo.

El hecho de que el lenguaje pueda trascenderse traspasando el significado para referirse al mundo, no es más que la contracara de un movimiento más originario que tiene su inicio en la *experiencia ontológica de ser en el mundo*. Porque en ésta hay algo que decir, es por lo que luego el lenguaje puede traspasar los sentidos ideales en la referencia. Ante la prioridad ontológica de la referencia, la semiótica queda subordinada a la semántica, constituyendo su mera abstracción.

2. *La autonomía semántica del texto y la exteriorización intencional constitutiva del binomio “acontecimiento-sentido”*

El pasaje del discurso hablado al escrito ocasiona una serie de alteraciones, que afectan al emisor del mensaje –ahora convertido en autor-, al medio o canal, al receptor –convertido en lector- y a la referencia misma. Lo inscribible en el texto no es la lengua, que es virtual, sino el acto de habla, que por ser evanescente, requiere de fijación. Así queda superada la dialéctica entre el acontecimiento y el sentido, pues lo que resulta fijado no es el acto de hablar en sí mismo, sino *lo que se dice en él*, es decir, “la exteriorización intencional constitutiva del binomio ‘acontecimiento-sentido’”.⁹

Los diversos aspectos que conforman la estructura intencional del discurso son fijados en el texto, mediante las formas gramaticales (pronombres, adverbios, modos y tiempos verbales). En primer lugar los actos de habla, ya sean locutivos e ilocutivos, pero también los perlocutivos, aunque éstos últimos en menor medida, por las razones ya señaladas.

El discurso alcanza *autonomía semántica* en el texto, al separarse el *sentido verbal* de la *intención subjetiva* del autor. Se abre de esta forma la posibilidad de una exégesis hermenéutica libre de conexiones psicológicas y existenciales, sustentada únicamente en la independencia del sentido. Pero la intención del autor no desaparece totalmente. Ricoeur previene contra el doble error de suponer que el texto es interpretable exclusivamente por la intención del autor –*falacia intencional*-, o que constituye una entidad hipostática sin autor –*falacia del texto absoluto*-.

También en el texto se altera la relación con el interlocutor, porque éste ya no es específico, como en el diálogo, sino *universal*. Con lo cual se da la situación, aparentemente paradójica, de que la fijación

⁹ Ricoeur, P., *op. cit.*, pág. 40.

por medios materiales produzca una *mayor espiritualización* del mensaje, al ponerlo al alcance de todo aquel que esté en condiciones de leerlo. Desde luego la universalidad es potencial, pues el texto, debido a factores sociales y culturales, llega a un número limitado de lectores. Pero es cierto también que la obra “crea su público”, al establecer nuevas formas de comunicación. Al independizarse del texto, el contenido adquiere las propiedades aparentemente contradictorias de ser al mismo tiempo *universal* y *contingente*, debido a que está abierto a la posibilidad de múltiples lectores, a la vez que son éstos quienes le otorgan significatividad.

Los cambios que la fijación por escrito impone al discurso, ponen en evidencia el hecho de que la lectura –y con ello la interpretación- no es un caso especial del fenómeno del diálogo, y que, en consecuencia, la hermenéutica romántica estaba equivocada al tomar a éste como modelo.

En el texto literario se acentúa la autonomía semántica, a la vez que se justifica la posibilidad de la explicación estructural, mediante los *códigos específicos* que introduce la escritura, y que dan origen a los diversos géneros –ensayo, teatro, novela, poesía-. Constituyen éstos “mecanismos generativos para producir el discurso como...”¹⁰, que no son extraídos ni del habla ni de la escritura en sí, pues la función de los géneros literarios, precisamente, es crear entidades del lenguaje que exceden la frase, y que no pueden ser explicadas a partir del agregado de sus componentes.

Los códigos de escritura más bien tienen que ver con las exigencias técnicas del *trabajo* y la *producción*, porque operan sobre la materialidad del lenguaje, siguiendo *leyes específicas de composición*. Fruto de esa tarea artesanal es la individualidad de la obra, ubicable en un género literario determinado, y en la que se refleja el *estilo personal* de su autor. Al configurar una realidad particular, la obra no es reductible a sus partes, ni subsumible bajo leyes o conceptos generales; su significado, en consecuencia, no es alcanzable por medio de la explicación solamente, sin el auxilio de la interpretación.

2.1. El texto y las alteraciones en la referencia. La metamorfosis del mundo en la escritura

El aspecto del discurso que más cambios sufre en el pasaje a la escritura es la referencia, no sólo por las innovaciones que acarrea el texto en sí, sino por las particularidades que introducen los géneros literarios. En ella ya no se señalan objetos y hechos ubicados en la situación espacio-temporal inmediata a ambos interlocutores, como ocurre en el diálogo, sino se apunta a *un mundo* en que las cosas son indicadas, pero no mostradas. Incluso la cuestión se vuelve aún más compleja en los textos literarios, como la *poesía*, porque el lenguaje sigue una dirección centrípeta, como “celebrándose a sí mismo”, en la acertada expresión de Roland Barthes. No obstante, no desaparece totalmente la referencia, pues no existen textos que se cierren en forma absoluta sobre sí mismos, más que en algunos experimentos poéticos extremos; la referencia se transforma, en cambio, en las *alusiones* que las expresiones metafóricas y simbólicas efectúan respecto de las posibilidades de nuestro ser en el mundo.

El proceso de *exteriorización intencional* que se inicia con la dialéctica del acontecimiento y el sentido, culmina de esta manera en el *extrañamiento* que producen las señales materiales y códigos de composición en los textos literarios. Pero el distanciamiento que así se produce para lectores e intérpretes, no constituye un verdadero obstáculo para su comprensión; garantiza, por el contrario, la objetividad del procedimiento.

Lejos de introducir el texto una imagen distorsionada de la realidad, lo que hace efectivamente es mostrar sus aspectos más profundos y, en consecuencia, más difícilmente perceptibles, mediante un proceso de *recomposición*. Liberada de la función ostensiva de la situación de diálogo, la referencia puede delimitar un ámbito determinado de la realidad y describirlo en forma completa. En el texto se

¹⁰ Ricoeur, P. *op. cit.*, pág. 45.

abre un *universo de sentido*, que es necesario diferenciar de la conexión espacio-temporal inmediata a la conversación. Sobre esta base la ciencia de la historia puede hablar, por ejemplo del “mundo de Cervantes” o del “mundo del Renacimiento”. Incluso en la ficción literaria este círculo se amplía en la proyección de *nuevas posibilidades de ser*, por lo cual se puede decir, con palabras de Ricoeur, que “el mundo es el conjunto de referencias abiertas por todo tipo de texto, descriptivo o poético, que he leído, comprendido y amado.”¹¹

La idea negativa respecto del extrañamiento del sentido en el texto proviene, en todos los casos y variantes, a juicio de Ricoeur, de la incorrecta interpretación de la imagen por parte de Platón, como copia desdibujada de la realidad. No supo ver que en la representación pictórica, por ejemplo, se produce una efectiva *reconstrucción* de la realidad, a partir de un conjunto finito de recursos materiales –la fijación del color, la luz, la perspectiva-. La pintura resalta y fija los aspectos significativos de aquello que en la percepción se desdibuja rápidamente; por lo tanto, la realidad no resulta disminuida en la imagen, sino, por el contrario, *incrementada* por medio de un particular *efecto icónico*. La creación de sentido así operada, depende del uso, tanto en la plástica como en el texto, de un número finito de elementos, combinables entre sí por medio de reglas más o menos fijas.

El efecto de distanciamiento que produce el texto tiene su contrapartida en el trabajo de *apropiación* por parte del intérprete. Debido a que la función esencial de la lectura es convertir lo ajeno en propio, el extrañamiento del sentido constituye el fenómeno característico de la cultura, y no un suceso meramente ocasional, tal como lo suponía erróneamente la hermenéutica romántica. Vedada la posibilidad de un acceso directo e intuitivo al yo –y ésta es la enseñanza fundamental aportada por la superación de la metafísica de la subjetividad en la línea de Nietzsche y de Heidegger-, la comprensión de sí requiere de la mediación de las obras de la cultura: “Por apropiación entiendo lo siguiente: la interpretación de un texto se acaba en la interpretación de sí de un sujeto que desde entonces se comprende mejor, se comprende de otra manera o, incluso, comienza a comprenderse.”¹²

A diferencia de Hans-Georg Gadamer,¹³ que ve en el extrañamiento del sentido en el texto y en la obra de arte una dificultad prácticamente insalvable, para Ricoeur, en cambio, reúne condiciones francamente *positivas y productivas*: sobre esa base es posible la aplicación de un método que ofrezca garantías de objetividad al conocimiento, libre de distorsiones psicológicas y subjetivas.

3. La metáfora y el símbolo y la interrelación entre ambos

En la ampliación de la teoría de la interpretación realizada por Ricoeur cumple un papel esencial la *creación de sentido* operada por la imaginación, lo cual genera los siguientes problemas. Primero, si la ficción en la literatura desempeña una función meramente emotiva, como sostiene el positivismo, o se agrega al significado verbal del texto, ampliando sus posibilidades cognoscitivas. Segundo, cómo puede ser comprobada la existencia de un *excedente de sentido* que no se incorpora en su totalidad al contenido semántico. Ricoeur soluciona el primer problema con la aplicación de la *metáfora*, mientras que fundamenta en el segundo la imposibilidad de un conocimiento absoluto, a modo hegeliano, recurriendo al fenómeno del *símbolo*.

Es pertinente utilizar la metáfora para la interpretación del texto, porque en ambos casos se da una relación entre el sentido implícito y el sentido literal o explícito, aunque en la obra literaria la cuestión sea mucho más compleja. En el caso de que se compruebe que el sentido figurado es integrable al

¹¹ Ricoeur, P. *op. cit.*, pág. 50.

¹² Ricoeur, P., *Del texto a la acción*, pág. 141.

¹³Cfr. Gadamer, Hans-Georg, *Verdad y método*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1988.

campo de la semántica, se podrá practicar una interpretación de la obra, ya sea narrativa o poética, que reconozca en plenitud su función cognoscitiva.

Pero para que la aplicación de la metáfora al texto sea eficaz, es necesario liberar a aquella de los prejuicios en que la encerró la retórica tradicional. Según ésta –vigente desde Aristóteles hasta el siglo XIX-, el efecto metafórico se produce en la denominación, como resultado de la *semejanza* entre el sentido literal y el figurado. Su función es llenar un vacío existente en el lenguaje, o hacer el discurso más atractivo, motivo por el cual el cambio no resulta una verdadera creación de sentido. El hecho de que la metáfora termine incorporándose a la polisemia del lenguaje, es la prueba contundente de que en ella no hay referencia a nuevos aspectos de la realidad.

Oponiéndose a la teoría tradicional, Ricoeur sostiene que el efecto metafórico no depende de la palabra aislada, sino de la *predicación* en la oración completa, y del efecto de *tensión* que se produce entre *dos interpretaciones contrapuestas*. Tampoco es correcto suponer que la *semejanza* sea la causa de la relación entre el sentido literal y el figurado, pues en ese caso no habría efectiva creación de sentido; por el contrario, es efecto de ésta. La metáfora sustentada en la semejanza desaparece en el habla cotidiana, como ocurre con “el pie de la montaña”; por los mismos motivos también es traducible. Cuando se produce una efectiva innovación semántica, en cambio, permanece “viva”, porque en ella se resuelve un “enigma”, para cuya conceptualización el lenguaje no dispone de nociones previas. Al decir *algo nuevo sobre la realidad*, la metáfora no es traducible, aunque puede ser objeto de continua paráfrasis.¹⁴

Como la teoría contemporánea de la metáfora ha resultado eficaz en la explicación de la innovación semántica, Ricoeur la aplica al estudio de las *estructuras de doble sentido* como el símbolo. Pero éstos presentan también problemas particulares no reductibles a la esfera lingüística. En primer lugar, se desarrollan en ámbitos muy diversos de la investigación, de los cuales Ricoeur destaca tres. Uno de ellos es el *psicoanálisis*, en el cual los sueños y diversos contenidos culturales remiten a profundos y escondidos conflictos psíquicos. Otro la *poética*, en la que se manifiestan en forma de símbolos las imágenes recurrentes en un poema, en la obra del mismo autor o de una escuela determinada. También se presentan en las imágenes características de una cultura, o en aquellos arquetipos que identifican a la humanidad en su conjunto. Y el tercero corresponde a la *historia de las religiones*, en la que “árboles, laberintos, escaleras y montañas” simbolizan algo distinto: el espacio y el tiempo, la trascendencia, etc.

El segundo problema que presenta el estudio de los símbolos, es que éstos contienen una dimensión –los conflictos ocultos en el psicoanálisis, una visión del mundo en la poética y lo sagrado para las religiones- no enteramente reductible a medios lingüísticos. Pero no obstante ello, a juicio de Ricoeur, la aplicación de la metáfora es de utilidad en un triple sentido: se puede aislar, en primer lugar, el nivel semántico, y por contraste, en segundo lugar, el nivel no semántico. El tercer resultado positivo es que el estudio del símbolo así encarado permite ver en la metáfora aspectos que antes no habían sido considerados –por ejemplo, la existencia de *metáforas raíces*, cuya permanencia las hace muy similares a los símbolos-.

La metáfora, entendida como un *efecto de tensión* entre un sentido literal y un sentido figurado, es el *reactivo* adecuado para el esclarecimiento de la dimensión semántica del símbolo, pues el contenido de éste aparece primero en el lenguaje antes de convertirse en objeto de pensamiento. Pero a diferencia de la alegoría, por ejemplo, en la cual la significación secundaria es conceptualizable en forma independiente de la significación primaria, en el símbolo, en cambio, la dimensión manifiesta es vehículo obligado para la dimensión oculta. Al igual que en la metáfora, se mantiene la tensión entre *la similitud* y *la disimilitud* entre ambos niveles. En función de esta propiedad es que se ha calificado a la

¹⁴Ricoeur, P., *La metáfora viva*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 2001, sobre todo Estudio VI, págs. 233 y ss.

metáfora como “visión estereoscópica”, debido a que puede mantener unidas, como si fuera en un mismo volumen, diversas perspectivas significativas contrapuestas.

A diferencia de la metáfora, en el símbolo las posibilidades de articulación conceptual entre ambos niveles son mucho menores. En él hay que hablar más bien de “asimilación” que de aprehensión, plantea Ricoeur, pues el intérprete es *arrastrado* del nivel explícito al implícito y *condicionado* por éste. Precisamente la imposibilidad que tiene la conciencia de esclarecer sus fundamentos últimos –las fuerzas pulsionales en el inconsciente, por ejemplo-, es lo que obliga a la hermenéutica –tal como lo pone en práctica Sigmund Freud en la investigación de la psicología profunda- a recurrir a la estructura de doble sentido del símbolo.

4. El texto desde la óptica del lector: dialéctica entre la explicación y la comprensión

Hasta ahora se ha considerado el texto desde el problema que presenta su relación con el autor, pero cabe analizarlo también desde el lugar del lector, para lo cual la discusión central se plantea en el ámbito de la *interpretación*. En ella se asocian en una misma tarea –y es el modo en que Ricoeur concibe la hermenéutica- la *explicación* y la *comprensión*. Si la hermenéutica tradicional –y Dilthey en especial- planteó ambas actividades como métodos distintos aplicables a realidades también diferentes –la naturaleza y el espíritu-, se debió a que no fue captada la distancia existente entre hablar y escribir y entre acontecimiento y sentido, poniendo la comprensión bajo el modelo de la conversación. Ricoeur plantea, en cambio, que *el discurso se produce como acontecimiento, pero se comprende como sentido*. En el texto, como se ha visto, la realidad y temporalidad del acontecimiento de habla son superados en la idealidad del sentido. Incluso ya en la conversación es constatable esa separación, pues comprender lo que quiere decir el interlocutor no significa intuir sus vivencias psíquicas, sino *participar* con él *en la misma esfera de sentido*.

Como el acontecimiento se exterioriza en el sentido, proceso éste que se completa en la escritura y en la *claves generativas de la literatura*, la *interpretación* deja de ser el auxiliar de la comprensión en los casos en que ésta se encuentra mediada por la materialidad de las obras y los textos –según la función que le atribuye Dilthey¹⁵-, para pasar a ocupar un lugar central en la hermenéutica. En ella se asocian ambas actividades, complementándose, pues si la comprensión se dirige a la *unidad intencional del discurso*, para captarlo como un todo, la explicación desentraña la *estructura analítica del texto*, desplegando la totalidad de proposiciones y sentidos.

El paso inicial corresponde a la *comprensión*, pues de ella depende la *conjetura* respecto de cuál debe ser el sentido global del todo. Al independizarse el texto del autor, el lector ya no cuenta con la intención de aquél para orientarse. Por los mismos motivos tampoco puede guiarse por la situación original, ni por los primitivos destinatarios. Como la hermenéutica romántica suponía que la lectura reproducía el acto de hablar, incurrió en el error de definir a la comprensión en términos de un acto de congenialidad o de afinidad psicológica con el autor. Sobre la base de la diferencia entre el diálogo y el escrito, en cambio, la comprensión pasa del ámbito de la psicología al de la semántica. Pero siempre el sentido del texto puede ser interpretado de diferentes maneras; por este motivo el malentendido no debe ser tomado como si fuera un fenómeno ocasional, tal como lo suponía la hermenéutica tradicional, sino como una posibilidad permanente: “Configurar el sentido como sentido verbal de un texto es conjeturar.”¹⁶

¹⁵ Cfr. Dilthey, Wilhelm, *El mundo histórico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.

¹⁶ *Teoría de la interpretación*, pág. 88.

Pero la conjetura inicial no contiene en sí misma las pruebas de que sea correcta; las posibilidades de *verificación* dependen del método que pueda desarrollar la *explicación*. Esta, para poder operar, necesita del cumplimiento de tres condiciones por parte de la comprensión. En primer lugar, que el texto sea considerado en su *completitud*, como un *todo*, requisito no fácil de satisfacer por la característica *plurivocidad* de la obra literaria, que la hace pasible de múltiples interpretaciones. Al contener diversas partes en diferentes niveles de importancia, se impone la necesidad de una valoración del lugar que ocupa cada una de ellas. Y como no existen conceptos a priori para ello, como ya lo vio Kant para la obra de arte¹⁷, hay que seguir un *procedimiento circular* que, a partir de la inicial precomprensión del todo, confirme o corrija esa idea previa mediante el análisis de las partes.

En segundo lugar, por ser el producto del trabajo y de la aplicación de determinadas *reglas genéricas* (y *genéticas*), la obra resulta un *ente individual*, concepto ya desarrollado por Aristóteles. Su identificación depende de una conjetura, en la cual se la circunscribe e individualiza por medio del estrechamiento del círculo de los *conceptos genéricos* a que pertenece –género literario, tipo de texto, estilo, etc.–, y teniendo en cuenta los elementos estructurales que contiene. Al igual que en la percepción del objeto, la obra como totalidad individual no puede ser interpretada a la vez desde todos sus lados posibles. La lectura se sitúa necesariamente en una perspectiva determinada, orientada según la función asignada a una de sus partes, pero que también puede ser considerada de otra manera.

Y en tercer lugar, también depende del conjeturar la especificación de los *diversos sentidos secundarios*, pues la obra literaria, por medio de la metáfora y el símbolo, como ya se vio, se abre a *sentidos múltiples*, que deben ser tenidos en cuenta.

En cuanto a los *mecanismos de validación*, Ricoeur admite que están más cerca de una *lógica de la probabilidad* que de la verificación empírica, pues se atienen a procedimientos argumentativos del tipo de los utilizados por la aplicación del derecho, que han justificado un campo propio para las ciencias del espíritu. La relación así planteada entre la conjetura y la validación, permite una nueva reformulación del círculo hermenéutico, en el que se integra una doble aproximación subjetiva y objetiva. Con ello se evita el peligro de la autoconfirmación en una argumentación que incurra en círculo vicioso, porque a los procedimientos de validación se agregan los mecanismos de invalidación similares a los propuestos por el falsacionismo de Karl Popper en su *La lógica de la investigación científica*¹⁸. Siguiendo este criterio, es posible resolver el conflicto entre las interpretaciones en juego, por medio de la determinación de la relativa superioridad de una de ellas, aunque sustentada en una *lógica de la probabilidad subjetiva*.

4.1. Mediación de la explicación estructural entre una interpretación superficial y una interpretación profunda y la dialéctica entre el distanciamiento y la apropiación

Como se ha visto, el movimiento que va de la comprensión como conjetura a la explicación como validación, constituye en el proceso de la lectura la contraparte de la dialéctica entre el acontecimiento y el sentido. Del mismo modo puede verificarse que el movimiento inverso, que conduce de nuevo de la explicación a la comprensión, es la contraparte de la dialéctica entre el significado y la referencia. No obstante, es importante tener en cuenta que la dialéctica entre el acontecimiento y el sentido no desaparece totalmente, debido a que la efectiva función del discurso –y del lenguaje en general- es referirse a la realidad.

¹⁷ Cfr. Kant, Emmanuel, *Crítica de la facultad de juzgar*, Caracas, Monte Avila Editores, 1992.

¹⁸ Cfr. Popper, K., *La lógica de la investigación científica*, Madrid, Tecnos, 1985.

Pero lo específico de la dialéctica entre el significado y la referencia depende de los *usos literarios del discurso*. Como ya se ha señalado, el texto literario se abstrae de toda referencia mostrativa, para abrirse a un *universo* que está sustentado en las alusiones e indicaciones que él mismo realiza. Frente a ello, en la lectura caben dos actitudes posibles: o el lector se queda dentro del ámbito delimitado por el lenguaje, y que corresponde al *mundo de la literatura*, o reactualiza ese contenido, refiriéndolo a su propia situación. La primera actitud corresponde a la lingüística de Saussure y al estructuralismo en general.

Este enfoque se sustenta en un procedimiento deductivo, que toma a la obra como un *todo organizado*, compuesto de partes reductibles a elementos mínimos y combinables entre sí, siguiendo el modelo de la lingüística. Enfocada de esa manera, la historia contada resulta *descronologizada*. Así procedió Claude Lévi-Strauss en su estudio del mito de Edipo, por ejemplo, reduciéndolo a un haz de relaciones posibles. Con este proceder, argumenta Ricoeur, Lévi-Strauss explica el mito al establecer su “ley estructural”, pero no lo interpreta. Lo convierte en un objeto de lectura en el que el lector queda encerrado, sin poder plantearse qué pueda tener que ver con su vida y situación particular.

Pero también es posible otro enfoque del mito que no se reduzca a la aclaración de lo que en él aparece como contradictorio, y que en cambio tenga en cuenta su relación con los problemas más profundos de la existencia –los orígenes, la sexualidad, el sufrimiento, la muerte, etc.-. Para ello la explicación debe efectuar el desglose de una semántica superficial, que libere el acceso a una semántica profunda, mediante la comprensión. No obstante, como ésta tampoco es autónoma, es necesario plantearse, sostiene Ricoeur, que explicación y comprensión son sólo diferentes etapas de “un mismo arco hermenéutico”, que lleva de una *interpretación superficial* a una *interpretación profunda*.

Como se ve, la hermenéutica de Ricoeur garantiza la autonomía del texto sobre la base tanto del aporte del análisis estructural, que separa el lenguaje de su uso, como de la nueva concepción del sentido, despojado de implicancias psicológicas, sociológicas y existenciales, de la fenomenología de Husserl. En oposición al historicismo, que supuso ingenuamente que los textos y obras en general deben ser interpretados como expresión de los problemas de una sociedad en un lugar y época determinados, Husserl plantea una perspectiva “logicista” e “ahistoricista”. En ella el sentido es considerado en su *idealidad* inalterable, que lo hace pasible de ser reiterado en cualesquiera circunstancias como siendo el mismo.

Este enfoque ahistoricista tiene dos ventajas importantes, a juicio de Ricoeur. Sobre la base de la objetividad del sentido es planteable la autonomía semántica del texto y la *existencia autocontenida* de la obra literaria. La segunda ventaja está en que por ese medio se abre la posibilidad de la explicación en el enfoque estructuralista. De esta manera el problema existencial que representa el distanciamiento para la comprensión, recibe el auxilio metodológico de la explicación. En la dialéctica que así se establece entre el *distanciamiento* y la *apropiación*, lo idealizado y enajenado del tiempo y del espacio –distintos modos de ver, de sentir, de pensar, de vivir- es reconducido al mundo e historicidad del intérprete.

Si bien el texto se dirige a cualquier intérprete que esté en condiciones de leerlo, realmente se dirige a mí, aquí y ahora. Por este motivo la interpretación constituye un *acontecimiento*, que se realiza en el presente del lector. No obstante, la *apropiación* debe ser correctamente entendida para evitar caer en tres errores posibles. El primero consiste en confundirla con una relación de empatía o afinidad psicológica con el autor, siendo que lo que se interpreta no es su intención, sino el *sentido del escrito*, o sea, “la dirección que el texto ha impreso al pensamiento”. Lo apropiable no son las circunstancias psicológicas, sociológicas o históricas, sino el *nuevo modo de ver las cosas* a que abre el texto.

El segundo error consiste en suponer que la interpretación se guíe por la comprensión del destinatario original; no es así, porque el sentido del texto se sitúa en un *plano de universalidad*, que incluye a cualquiera que esté en condiciones de leerlo. Sólo la conversación tiene un destinatario

inmediato. La *omnitemporalidad* en que se sitúa el contenido del texto, en cambio, abre la posibilidad de una efectiva *historización* en cada acto de apropiación, sólo realizable en un aquí y ahora concretos.

El tercer error consiste en suponer que el sentido pueda ser distorsionado por la precomprensión del lector, siendo que lo que éste interpreta no es la intención del autor, como ya se ha visto, sino el *proyecto de un mundo* revelado por el texto. No hay a priori que el intérprete pueda imponer, pues lo que la obra pone en evidencia son *nuevas formas de ser*, en la terminología heideggeriana, o *nuevas formas de vida*, en la expresión de Wittgenstein. Como la lectura es el seguimiento de la dirección que el texto imprime al pensamiento, no existe el peligro de que el intérprete pueda introducir inconscientemente su propia concepción del mundo. Tampoco se corre el riesgo de que incurra en distorsiones narcisistas y egocéntricas, pues el plano de universalidad en que se sitúa el contenido obliga al lector a una efectiva autocomprensión, mediatizada por la experiencia de lo extraño y diferente.

Bibliografía

- DILTHEY, WILHELM, *El mundo histórico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.
Introducción a las ciencias del espíritu, Madrid, Alianza Universidad, 1980.
- GADAMER, HANS-GEORG, *Verdad y método*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1988.
Verdad y método II, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1992.
El problema de la conciencia histórica, Madrid, Tecnos, 1993.
Estética y hermenéutica, Madrid, Editorial Tecnos, 1996.
Arte y verdad de la palabra, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 1998.
Mito y razón, Barcelona, Paidós, 1997.
El giro hermenéutico, Madrid, Ediciones Cátedra, 1998.
Acotaciones hermenéuticas, Madrid, Editorial Trotta, 2002.
- GRONDIN, JEAN, *Introducción a la hermenéutica filosófica*, Barcelona, Herder, 1999.
- HEIDEGGER, MARTIN, *Caminos de bosque*, Madrid, Alianza Editorial, 1995.
Ser y tiempo, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1997.
- RIKOEUR, PAUL, *Finitud y culpabilidad*, Madrid, Taurus Ediciones, 1969.
Hermenéutica y acción, Buenos Aires, Editorial Docencia, 1988.
Educación y política, Buenos Aires, Editorial Docencia, 1994.
Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido, México, Siglo XXI, 1998.
Historia y narratividad, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 1999.
Del texto a la acción, Buenos Aires, F.C.E de Argentina, 2000.
La metáfora viva, Madrid, Ediciones Cristiandad y Editorial Trotta, 2001.